

¿QUÉ QUIERE DIOS QUE YO QUIERA?

Las mujeres tenemos una responsabilidad que nos exige un compromiso serio: contar en femenino lo que siempre se ha contado desde el lado masculino.

No se trata de inventar; tampoco de improvisar; ni de decir blanco donde antes ponía negro; no es invalidar una expresión sustituyéndola por otra. Es mucho más profundo que eso. Sencillamente, creo que falta expresar el cincuenta por cien de la comprensión del mensaje que Dios ha querido hacer llegar a la humanidad. Es posible que suene demasiado rotundo, incluso presuntuoso, pero a las pruebas me remito. No partimos de cero: tenemos testimonios de mujeres a lo largo de la historia. Pero hay que seguir adelante.

Cuando Dios quiere algo habla directamente al corazón de la persona. Nadie puede decir que no haya sido interpelado: recordemos tantas preguntas existenciales que son comunes a todo ser humano.

La persona, desde la libertad con la que fue creada, contestará o no; huirá o se comprometerá en la tarea; le dará vértigo o se sentirá acompañada; negará tres veces o correrá a contarlo a los vecinos... todo puede pasar. Pero quede bien claro que no es un asunto de determinado sexo sino de personas. Si se reduce a un sexo, entonces estamos hablando de poder.

Tradicción y signos de los tiempos ni deben estar reñidos ni vivir en contraposición. Lo sé porque me encantan las plantas y me enseñan que raíces, tallos, hojas, flores y frutos son un todo. Si me confundo y corto las raíces... adiós planta, pero si sólo quiero un tallo bien pelado de ramos y hojas no llegaré a ver la belleza de las flores y no podré recoger el fruto que llegará en su momento.

Jesús miró, habló y compartió con las mujeres de su tiempo que no eran nadie ni a nivel social ni a nivel religioso. Y aquellas mujeres tuvieron muchos gestos de lo que iban comprendido a través de la compasión, el consuelo y el amor que Jesús expandía.

Por mi parte, me zambullí en la oración y meditación de lo que Lucas (Lc 1, 47-55) dice del encuentro entre mujeres *preñadas, creyentes e ilusionadas* que no pueden por menos que celebrar lo que están viviendo y que ya han contestado a la pregunta existencial que da título a este escrito. De esta forma, *me vi sentada al ordenador transitando por el Magnificat sin otra pretensión que el intento de meterme en la piel de María compartiendo desde mi ser de mujer, que además es madre, esposa, hermana, amiga, artesana del pincel y de la pluma y, en la Iglesia, laica "sin papeles", en el concreto momento histórico de inicio del segundo milenio.*

Entendí que María utilizaría hoy otro lenguaje sin despreciar la tradición pero valiéndose de palabras que puedan expandir el mensaje en este tiempo y salió un *Magnificat para el siglo XXI*. Quise contar en femenino y me comprometí a ello desde mi reflexión en forma de libro.

Mari Paz López Santos

www.pazsantos.com